

Lucas 17:11-19

Sermón Lucas 17:11-19 Pentecostés 21 2013 Ruth 1:1-19; 2 Tim 1:8-13

“Yendo Jesús a Jerusalén, pasaba entre Samaria y Galilea. Al entrar en una aldea, le salieron al encuentro diez hombres leprosos, los cuales se pararon de lejos y alzaron la voz, diciendo: —¡Jesús, Maestro, ten misericordia de nosotros! Cuando él los vio, les dijo: —Id, mostraos a los sacerdotes. Y aconteció que, mientras iban, quedaron limpios. Entonces uno de ellos, viendo que había sido sanado, volvió glorificando a Dios a gran voz, y se postró rostro en tierra a sus pies dándole gracias. Este era samaritano. Jesús le preguntó: —¿No son diez los que han quedado limpios? Y los nueve, ¿dónde están? ¿No hubo quien volviera y diera gloria a Dios sino este extranjero? Y le dijo: —Levántate, vete; tu fe te ha salvado.” (Lucas 17.11–19)

Una de las primeras lecciones que nuestros niños aprenden es que deben dar las gracias cuando reciben un regalo. Los padres exhortan a sus hijos a acercarse a su tío o su padrino para agradecer el regalo que les ha traído. Se considera una parte esencial de aprender los buenos modales. Por mucho que quieren concentrarse en el juguete recibido, es importante que no pasen por alta la persona de quien han recibido el regalo.

Sin embargo, cuan común es que recibimos cosas de Dios, incluyendo cosas que hemos pedido en oración, pero cuando Dios ha respondido dando lo que pedimos, ya tenemos lo que realmente quisimos, de modo que ya no pensamos en aquel que nos dio en su bondad lo que necesitamos. Nuestro texto nos ilustra la importancia de agradecer a Dios todas sus bendiciones que nos da. Nos indica que Dios mismo se agrada que le reconozcamos a él como la fuente de toda bendición y le glorificamos como a nuestro Dios y Salvador. Nuestro tema será: **Glorifiquen al Señor. I. Miren a él en todas sus necesidades. II. Denle gracias por su gracia y salvación.**

Jesús está en camino a Jerusalén. Cuando pasa por la frontera entre Galilea y Samaria, y se acerca a un pueblo, allí fuera de la ciudad se acerca, pero manteniendo cierta distancia, un grupo de diez personas. Para llamar la atención a Jesús, levantan sus voces. Claman.

Resulta que es un grupo en una situación sumamente grave. Tienen lepra, una condición que resulta en la destrucción gradual de su carne, la pérdida de dedos de manos y pies, desfigura el rostro, y finalmente termina en la muerte. Era una enfermedad esencialmente incurable. Y lo peor era que estaban excluidos de la sociedad y del culto de Israel. La misma ley de Israel decía: “»El leproso que tenga llagas llevará vestidos rasgados y su cabeza descubierta, y con el rostro semicubierto gritará: ‘¡Impuro! ¡Impuro!’. Todo el tiempo que tenga las llagas, será impuro. Estará impuro y habitará solo; fuera del campamento vivirá” (Levítico 13.45–46). No podían entrar en la ciudad. No podían participar en los sacrificios y otros rituales. La lepra era como una representación visual del pecado, que separa a las personas de Dios, y así los leprosos eran tratados como separados, separados de Dios y de su familia y de su pueblo.

Tan miserable era su condición que el grupo que se había acercado lo más que podían a Jesús se componía de personas que normalmente eran enemigos. Era un grupo mixto de judíos y samaritanos. Excluidos de la sociedad de todos los demás, sólo podían encontrar compañía en los que compartían el mismo flagelo.

Pero habían conocido algo acerca del poder de Jesús. Habrán oído a personas que pasaban en sus viajes de algunos de los milagros que Jesús había hecho. Probablemente habrán oído de otro leproso que Jesús ya había sanado en el capítulo 5 del Evangelio de Lucas. Esto les daba la suficiente esperanza para acercarse ellos también, y aunque mantenían la distancia requerida por la ley, gritar para llamar la atención de Jesús a su condición miserable.

“¡Jesús, Maestro, ten misericordia de nosotros!”, clamaron. Se dirigen a aquel cuyo nombre significa Salvador. Lo reconocen como el maestro, el que por encima de los demás traía directamente el mensaje de Dios para su pueblo. No alegan ningún mérito. Están completamente conscientes de que no tienen nada que ofrecer a Jesús. Sólo piden misericordia, que con su corazón bondadoso considere la miseria de su condición y que les ayude. Reconocen que si es su voluntad ayudar, será completamente por su gracia y misericordia.

Y Jesús tiene misericordia. Sana a estos diez leprosos. Al escuchar sus gritos rasposos, los mira y ve la gravedad de su

situación. Ve a personas desfiguradas por su enfermedad, a personas mantenidos a la margen de la sociedad, personas que sabían que poco a poco su enfermedad les robaría lo poco que todavía tenían de saludables y que apresuraría su camino al sepulcro.

Así que Jesús les responde. Pero no se acerca para tocarles para hacer que la enfermedad los deje. Tampoco dice, como en una ocasión anterior, “Quiero, sé limpio”. Lo que hace, más bien, es decir algo que ejercerá su fe. Les pide que confíen sólo en su palabra aun antes de poder ver si lo que confían va a pasar o no. Les dice: “Id, mostraos a los sacerdotes”.

Eso de mostrarse a los sacerdotes está en conformidad con lo dicho en Levítico capítulo 14. “Habló Jehová a Moisés y le dijo: Esta será la ley para el leproso cuando se limpie: Será presentado al sacerdote” (Levítico 14.1–2). Seguramente la esperanza contra esperanza de todo leproso fue que por algún milagro llegara el día cuando pudiera presentarse ante el sacerdote y ser pronunciado limpio, apto para regresar a la sociedad, a su familia y a los rituales de la religión. El que Jesús les dijera: “Id, mostraos a los sacerdotes”, entonces, implicaba que antes de llegar con los sacerdotes, habrían sido sanados de su enfermedad.

Parece que los diez tuvieron suficiente fe en el poder y la buena voluntad de Jesús para emprender el viaje a los sacerdotes. Tal vez algunos no estaban completamente confiados, pero aun así pensaban, “¿Qué tengo que perder?”.

Pero, al parecer pronto después de emprender el viaje, se miran uno a otro y se dan cuenta. ¡Han sido sanados! ¡Ya no tienen lepra! Sus años de sufrimiento se han terminado. Pronto podrán ser certificados como limpios y permitidos a volver a entrar en la sociedad. Podrán asistir a los cumpleaños y las bodas de sus amigos y familiares. Podrán ganarse la vida en vez de subsistir sólo de limosnas que la gente les deje en sus lugares alejados. ¡Limpios! ¡Sanados! Un sueño hecho realidad.

Seguramente han recibido un gran regalo de Jesús. Pero ¿qué tal su relación con él? Uno de los más frecuentes temas en el libro de Deuteronomio en el Antiguo Testamento es la advertencia al pueblo de Dios contra olvidar los beneficios del Señor, comenzar a pensar que todas sus bendiciones son automáticas y tuyas por derecho, y así con falta de gratitud hacerse

indiferentes a su Dios y terminar perdiendo las bendiciones que él les daba.

En el texto de hoy, notamos que sólo uno de los diez leprosos sanados vuelve para agradecer a Jesús lo que ha hecho por él. Por los comentarios de Jesús, podemos ver la importancia para nosotros también de estar genuinamente agradecidos a Jesús por todo lo que nos ha hecho, tanto para nuestro bienestar material y espiritual. Debemos darle las gracias por su gracia y salvación.

“Entonces uno de ellos, viendo que había sido sanado, volvió glorificando a Dios a gran voz, y se postró rostro en tierra a sus pies dándole gracias”. Por toda la emoción que sintió por su nuevo estado de curado de su enfermedad física, vio como lo más importante agradecer a Dios, y a Jesús cuya actividad vio como Dios en acción bendiciendo a su pueblo. De hecho, parece que se daba cuenta que Jesús era Dios mismo venido para socorrer a su pueblo, puesto que se identifican aquí “glorificando a Dios” y “dándole gracias” a Jesús.

Y Jesús indica que a él le agrada que las personas den las gracias a él, y que es una grave falta cuando las personas consideran sólo el beneficio recibido y no aquel que les dio el beneficio. Cuando observa la reverencia y gratitud de este hombre, exclama: “¿No son diez los que han quedado limpios? Y los nueve, ¿dónde están? ¿No hubo quien volviera y diera gloria a Dios sino este extranjero?” Sí. ¿En dónde están los nueve? No se dan cuenta de que su concentración en el regalo en vez de al dador hará que pierdan los muchos dones adicionales que este dador quiere darles. Al poner toda su énfasis en su gozo por ser aliviados de un sufrimiento físico, no se dan cuenta de su necesidad de sanación de un flagelo mucho peor, que su anterior lepra sólo simbolizaba, el flagelo del pecado de que necesitaban curación que sólo en Jesús se encontraría. Pero ya tenían lo que ellos querían, y no tenían tiempo ya de pensar en esas cosas.

Me acuerdo de una familia en California. Mi esposa cuidaba a su hija. La familia había conocido el evangelio como resultado del contacto con la iglesia a través de su escuela parroquial, y se habían hecho miembros de la congregación. Y Dios les había bendecido, tanto que pudieron comprar un yate. Pero luego resultó que el único tiempo disponible para gozar del yate fue en los domingos. Así que poco a poco dejaban de asistir a la iglesia. Lo que debería haber sido un indicio de la bondad del Señor que les hiciera anhelar tanto más las bendiciones de la

salvación eterna, más bien reemplazó el lugar que el dador debería haber ocupado en sus corazones. Y así perdieron lo mejor.

Jesús, que tan pródigamente había derramado bendiciones sobre esas personas en su extrema necesidad, no pudo darles más, porque los nueve no vieron el verdadero significado de su sanación, no agradecieron a Jesús su beneficio, y así perdieron el otro don mayor que Jesús quería darles.

Por otro lado, el leproso samaritano, el extranjero que volvió a glorificar a Dios y dar a Jesús las gracias, recibió algo mucho mejor de la bondad de su Señor. Escuchó a Jesús decir: “Levántate, vete; tu fe te ha salvado”. La fe que demostró al venir y postrarse ante Jesús, glorificando a Dios y agradeciendo a Jesús sus beneficios, llevó la bendición que es recibida sólo por la fe en Jesús, la salvación. Mientras el término en griego podría significar sólo “te ha sanado”, eso se podría decir de los diez. Así que debe tener el significado pleno. Al reconocer que Dios había intervenido en la persona de Jesús para traer la salvación prometida a su pueblo, él, con todo y ser samaritano, participaba efectivamente en esa salvación. Sus pecados eran perdonados.

Así, hermanos, reconozcamos las muchas bendiciones que Dios nos da por medio de Jesús. Sean nuestros corazones siempre llenos de gratitud por todo lo que Dios nos da diaria y abundantemente, pero sobre todo, por satisfacer nuestra más grande necesidad, la del perdón de los pecados que él ganó por nosotros con su sufrimiento y muerte en la cruz. Veamos que es importante la lección que tratamos de enseñar a nuestros hijos. Que el regalo no es todo. Que lo más importante es la relación que ha producido el regalo. Esa relación es lo que Jesús quiere establecer y fortalecer con todos sus regalos, una relación de amor y bondad que él quiere que dure por toda la eternidad. Amén.